

les y orientales, es decir, á la tierra en donde la pasión se apodera con todo el ardor del sol que la comunica.

¿Pues á dónde había de huir Byron, desde el momento que no se hiciera trapense? ¿Podía marchar á esos países pudibundos que tantas antinomías morales ofrecen? El quería convertirse, pero como se convirtieron los franciscos, por el amor, y convertirse para el amor, para la felicidad completa del género humano.

Byron regresó impenitente, y como no, si encontró en esos países meridionales al despotismo más desmoralizador, corrompiendo á los pueblos para

asegurar el reinado de una familia ó el gobierno de una clase? ¿Tenía él la culpa de encontrar en Nápoles una reina Carolina, y en España una María Luisa ó un Fernando VII? Virtud y mérito grande hay en arrancarse á las villanas seducciones de esos centros de corrupción; pero cuando se trata de un franco temperamento de artista, de poeta, hay que conceder al temperamento lo que este exige y separar de él, lo que siempre nos empeñamos en distinguir, la alma, es decir, la idea humana.

Puede repugnarnos la vida material de Byron, pero no puede negarse que en su *Childe Herold* que trajo de su emigración, hay algo de ese Fausto



Sepulcro de la archiduquesa de Leicester. —Por GIBSON.—Langford

que no son más que Byron y Goethe, Byron con todos los furores é intemperancias del poeta, Goethe con todas las reservas y cálculos del hombre científico. El corruptor de Margarita no vale más que el marido de la Milbank.

Byron que á primeros de 1815 casó con la rica Milbank, rica en dinero, en bondad, en ternura y talento, cuyas poesías ó *Melodías hebráicas* fueron celebradas, no tardó en sentirse celosa, indignada por el desarreglo de la vida de su esposo, y como á esto se añadieran apuros financieros que solo sostenía Byron por su cualidad de par, pues de otro modo hubiera ido á la cárcel, tuvo primero la buena idea de acusar de todo al desarreglo de las facultades mentales de su esposo, pero como se cansara de curarle, pidió la separación y le fué concedida.

Este desenlace, después del febril entusiasmo de Inglaterra por el poeta de *Childe Herold*, le desconsideró tanto, que Byron tuvo que pensar en abandonar para siempre á su patria, retirándose á Cologny á orillas del lago de Ginebra en 1816, para vivir

en el círculo de los íntimos: de la Staëly de Shelley.

La soledad, la nueva y pacífica sociedad que frecuentaba, la amistad y los elogios que le tributó Goethe, la imagen de aquella imponente naturaleza que le rodeaba, los buenos consejos de su hermana Augusta, los remordimientos de sus faltas, todo contribuyó á moderar y refrenar sus violentas impresiones, hasta el punto de parecer otro en su tercer canto de *Childe Herold*, en donde presenta á su héroe, ó se presenta á sí mismo reformándose con un austero retiro, y lo mismo puede decirse de sus otras obras, de modo que pudo llegar á figurarse que se había convertido, y toda Europa celebraba ya en él al hombre de genio, excepto Inglaterra que continuaba no queriendo ver en él más que su hijo extraviado, para cubrir con una falsa rigidez su interior descomposición, cobrando de ésta tan grande resentimiento el poeta que no pensó ya más que en vengarse de sus compatriotas entregándose al vicio con más desenfreno que nunca, lo cual sucedió en 1818 al establecerse en Venecia.

Fué en esta ocasión cuando escribió su *don Juan*, obra destinada á demostrar la desmoralización de todas las altas clases de Europa, y las preocupaciones nacionales en puntos de honor. De esta ocasión datan sus dramas, cuyos héroes no se sabe nunca lo que son, ni lo que hubieran podido ser á no terminar violentamente su historia. De esta ocasión es su *Cain*, en donde su genio dominando su carácter, le hace hablar un lenguaje menudo y casto, digno del asunto, y por medio del cual revela como esculpidos en bronce, los tormentos que devoran la alma humana, mostrando que los de nuestros días son los mismos que sintió Caín; la curiosidad, el deseo de

saber, la duda, hasta el punto de cansar su héroe á Satán, y hacer que Dios se arrepienta de haber creado el hombre.

En este poema, la noble y dulce figura de Adah, la esposa de Caín, procurando calmar sus penas, recordándole que basta á consolarle el ser padre, dicha que le envidiarían los querubines, prueba el fondo de ternura que había en la alma del poeta inglés, y como era posible redimir por el amor su turbada conciencia. Así no es de extrañar que una y mil veces maldijera el momento en que enojó á su esposa y consintió en su divorcio.

Pero con su *don Juan* y su *Cain*, Byron hizo toda



Robo de Polyxena, por FLORE

reconciliación con su patria imposible, pues dichas obras acabaron de perderle en el concepto público, cuando precisamente con entrambas obras inauguraba Byron su absoluta dominación romántica, cuando fundaba la escuela de la indiferencia y del escepticismo que tan funesta influencia ejerció.

«En efecto, todos los espíritus semi-cultivados, que temen el menor esfuerzo, que en su insuficiencia se creen capaces para emprenderlo todo, acudieron en masa á esta nueva escuela que, con un supremo ardor poético, pero sin el menor remordimiento y con una sangre fría extrema, se complacía en su pesimismo y en su disgusto del mundo, extravagante como en los desbordamientos más desordenados de una orgía intelectual y sensual.

»Vióse entonces correr á esa escuela á todos los talentos subordinados, quienes, arrastrados por la avidez impetuosa de conquistar una gloria repentina por medio de grandes esfuerzos literarios, tomaron la intención por la ejecución, las veleidades por

la fuerza real, y los ensayos por obras maestras. Contábanse entre los discípulos de esta escuela, toda clase de naturalezas, devoradas por la ambición y reñidas con el mundo, demasiado impacientes para ganar los honores por medio de un trabajo lento y penoso, incapaces de sufrir en una época que había aumentado sus exigencias de una manera prodigiosa, por lo cual á causa de sus aspiraciones desordenadas, se disgustaban del tiempo presente y marchaban hacia un porvenir desconocido. Eran todas esas almas desconocidas, todos esos espíritus mal comprendidos, todos esos corazones desgarrados que han naufragado contra los escollos y los bajos fondos de la vida; todos esos Faustos y esos Prometheos modernos que se alistaban bajo la bandera del espíritu de revuelta contra la letra que quería defender la ciencia y la fe, la pasión contra la razón, y la naturaleza contra la convención; eran, en fin, todos los espíritus escépticos que creían en el des-
volvimiento completo de la vida intelectual, que

consistía en quebrantar las leyes establecidas por la religión, por el orden político y por las costumbres domésticas.

»En Inglaterra, Sauthey denunció el primero esta escuela de jóvenes literatos de corazón enfermo y de imaginación corrompida, escuela que él bautizó con el nombre de *satánica*, nombre que Víctor Hugo aceptó y adoptó con satisfacción, en oposición con la escuela *emmanuelica* que se había agrupado bajo la bandera de Chateaubriand. Sauthey, fué el primero en llamar á lord Byron el fundador y maestro de esta escuela.»

Considerando á Byron como poeta subjetivo, no podemos ver en él más que al libertino, y por consiguiente, mal podríamos comprender la fascinación que causó durante tanto tiempo si no viéramos al lado del hombre que se acusa de ser lo que es para reprocharlo á la sociedad que lo ha formado, al hombre que tiene su corazón abierto á todos los sufrimientos de la humanidad, que comparte con la mayor simpatía.

Esta disposición de su espíritu había tarde ó temprano de llevarle á la política, la cual no dejó de hacer durante todo ese tiempo de que hemos hablado, pero sin concentrar su atención, porque precisamente durante el imperio si no podía defender á Napoleón que atropellaba á todos los pueblos, tampoco podía defender al gobierno conservador de su patria, atento á sofocar toda manifestación del espíritu liberal.

Finido el imperio, cuando Byron, que había vivido en Italia durante la monarquía napoleónica con todos sus esplendores, la vió pasar á manos de los austriacos, de esos tudescos aborrecidos desde el primer día, Byron se consideró como solidario de los destinos de Italia, y á ella se consagró, identificando su sér con el de la condesa Guiccioli, que se apoderó por completo de su espíritu. Desde este momento Byron se sintió transformado hasta el punto de escribir á Thomas Moore que si Dios le concedía no más que diez años de vida, lo que dudaba, haría cosas que le sorprenderían, y no como hombre de letras, para las cuales, le decía, sentía que no había nacido.

Lanzó entonces su Canto cuarto de *Childe-He-rold*,—1818,—para glorificar á Italia, desgarrada y dividida por propios y extraños, y dicho se está si este canto le hubo de valer simpatías entre todos los liberales de Europa.

Alistado Byron por el hermano de la Guiccioli bajo las banderas del carbonarismo, los acontecimientos de Italia de 1820 y 1821 le interesaron como si se tratara de su misma patria.

«En esta época había Byron sorprendido y encantado á cuantos observaron su celo por la causa italiana. Reconquistó en el espíritu de muchos hombres la estima que antes había perdido, y él mismo volvió á estimarse, cuando, en frente de las grandes agonías de la época, se reprochaba el carácter mezquino de las luchas entre los individuos y las personalidades; cuando él, que antes había desesperado de sí mismo, no parecía desesperar de la cura de la humanidad doliente; cuando lleno de simpatía por el mundo y por sus penas y con una confianza más grande en sus propias opiniones y en sus sentimientos, se sentía, por decirlo así, la vocación de convertirse en profeta de la causa del pueblo, dispuesto á levantarse contra la opresión ejercida por las potencias del mundo.

»Dirigiendo, al mismo tiempo, su poesía hacia un fin más preciso y más palpable, le dió una acción más directa sobre el momento actual y una eficacia más concentrada por largos años en lo futuro, tal como ningún otro escritor de nuestro siglo la hubiese jamás ejercido. En efecto; descargó, por decirlo así, millares de almas opresas de sus mudos rencores, cuando sin ser por nadie contrariado ni castigado, se abandonó á las explosiones más terribles de la cólera revolucionaria, y lleno de fiebre, osó censurar los gobiernos con ese lenguaje natural de la verdad más brutal, que inspiraba en todas partes á los temblorosos labios el sentimiento del derecho menospreciado, pero que en parte alguna se hacía sentir falto de poder.

»Abandonándose á todo su furor contra Austria, que odiaba más allá de todo lo que puede decirse, como la enemiga de toda libertad, lord Byron exhaló su rabia contra la política hipócrita de los Congresos, en el momento en que, «veinte payasos, iban á decidir en Laybach, sobre la suerte de millones de hombres.» En su parodia de la *Visión del juicio final* de Sauthey, dió libre curso á su indignación, por las más violentas salidas contra los pnegiristas de esta política; y descargó contra ellos su hiel en invectivas las más inmoderadas, cuando consideró inminente el triunfo de la reacción en España,—1823.

...»Byron en su *Siglo de bronce*, celebró que los americanos del Sud devolvieran al Oeste el nombre de Nuevo Mundo, celebró el levantamiento de Grecia contra lo que él creía; y celebró á España desafiando á la Santa Alianza. Junto á esto y en el lenguaje más vulgar posible y accesible á las inteligencias vulgares y con el tono de exasperación verdaderamente demagógica, se burlaba de la ben-

dita Alianza, que ponía á tres personas en lugar de todos; de esa Trinidad terrestre, que imitaba la forma de la Trinidad celeste como el mono imita los gestos del hombre: de esta piadosa unión, para fundir tres tontos en un solo Napoleón.

»Esas invectivas eran saludadas con ruidosas aclamaciones por los refugiados y los perseguidos, por los conspiradores y revolucionarios sin número, que se sentían interiormente aliviados, escuchando la resonante voz del poeta privilegiado, que pronunciaba en aquel entonces «discursos de apertura de parlamento,» delante de un pretorio sin fin, en donde todo el mundo formaba la galería, y en donde llamada alguna al orden, no imponía silencio al orador.»

Hé aquí explicado el misterio de la gran influencia de Byron. Inglés pudo en su país imprimir libremente lo que no le hubiera consentido ningún otro gobierno de Europa, y si bien era su lengua un grande inconveniente para ser leído, aun esto contribuía á formar su reputación y su gloria, pues comentándose lo que él hacía y decía, escapaba á la crítica literaria que le hubiera mordido rudamente por cuenta de los reptiles de las letras, para bajarlo de un pedestal desde el cual tanto daño hacía á sus patronos.

«Así, si la buena fortuna había sido funesta para lord Byron mismo, su muerte fué fatal para todo el mundo.» Porque todo el mundo veía en él su vengador y al hombre capaz de detener á los déspotas con sus invectivas ó con la venganza que de ellos tomaba por las víctimas que hacían.

»Nadie como él sabía consolar y confortar á los que padecían dentro ó fuera de su patria, nadie que supiera despertar según las esperanzas y la ilusiones perdidas, mostrando su cumplimiento en lo porvenir. Nadie como él sabía «dirigir un llamamiento á todas las fuerzas intelectuales de la comunidad europea, que solo podía libertar al mundo del yugo universal que los soberanos, unidos entre sí por la solidaridad de la tiranía, hacían pesar sobre él.

«En opinión de lord Byron, la simiente de la libertad había estado cubierta por los escombros de la Revolución francesa, desde el momento que emprendió su marcha salvaje, quedando en apariencia sofocada por la reacción. Viviendo él mismo en el país más adelantado desde el punto de vista político, sentía lord Byron, como Bentham, con la mayor amargura, la vergüenza de esta marcha retrógrada y el perjuicio que causaba á la causa de la libertad. Renovó la filosofía la lucha desde el punto de vista teórico y en el campo de la política, ocu-

pándose con resuelta paciencia de los intereses de la humanidad, formando proyectos de largo alcance y conservando una gran calma en la preparación de sus ambiciosos planes. Recomenzó el poeta, el combate en la esfera de la alma y de la inteligencia, sin proponerse un fin político determinado por adelantado, y sin buscar los medios de alcanzarlo. Quería simplemente despertar en los hombres las fuerzas activas capaces de quebrantar, por poco que fuera, las pesadas mazas del poder, esas barreras del progreso; no pensaba sino en desencadenar en grande las pasiones que son el medio universal para atacar, no importa que detestado objeto; el espíritu revolucionario, que se acababa de rechazar y al cual veía sin embargo en todas partes agitar en las almas, pues, decía, no es un solo hombre, no son un millón de hombres los que necesitamos, de lo que se trata es de introducir el espíritu de libertad en todas partes.

»Lord Byron, como antes que él Alfieri, comprendía la perfecta inutilidad de las conspiraciones y de los pronunciamientos aislados. En opinión de Alfieri, importaba solo que los pueblos sintieran en masa el peso de la tiranía, que en su opinión, no podía desarraigarse sino por la voluntad y por los atrevidos esfuerzos de todos. En lord Byron, por lo contrario, es necesario ver un gran progreso del tiempo en ese hecho, que nadie podía turbar en él la convicción plena y entera en la existencia real de esta «percepción de la tiranía,» percepción que no esperaba más que su hora para manifestarse y para traducirse en actos. Tenía la firme esperanza de ver la victoria terminar, en el mismo instante y en todos los pueblos, la lucha general é interior emprendida por la causa de la libertad. No sabía ver un solo ejemplo de una lucha sostenida, durante la cual los hombres no hubiesen acabado por triunfar de un sistema. «Cuando la tiranía,—decía,—ha errado su primer salto, escapa cobardemente como el tigre, para ser á su vez perseguida.»

»En particular, para Francia, había profetizado que se le había enseñado por dos veces una lección comprada muy cara; y decía que su salvación no estaba en un trono ocupado por un Capeto ó por un Napoleón, sino en la igualdad de los derechos y de las leyes; que la bandera de la libertad flotaría aun en verdad, desgarrada, pero desafiando la tempestad como el huracán que marcha contra el viento, y que una mejor primavera haría nacer mejores frutos.

»Fijando siempre sus miradas en el movimiento

que se hacía en las inteligencias, había en su *oda á Waterloo*, prometido la victoria á la libertad dada por Dios, victoria que alcanzarían los corazones, el espíritu y el instinto de la humanidad, tan pronto esta última se levantase toda entera en una estrecha unión, á la cual nadie podría resistir. A los ojos de lord Byron, esta profecía pareció cumplirse con la muerte del duque de Berry,—1820;—¡cuánto más orgulloso no se hubiese mostrado de su predicción, si hubiese podido ser testigo de la revolución de 1830!

»Parecía que la Santa Alianza al domar á Fran-

cia, había para siempre puesto término á los extravíos del espíritu revolucionario; pero el poeta reanudaba entonces el hilo que había querido romper para siempre poniendo en pié un millón de soldados. El republicanismo americano, el escepticismo alemán, la sed revolucionaria de Francia y el radicalismo anglo-sajón, parecían resucitar en un solo espíritu, para completar, de una manera temible, la fría doctrina de la razón, tal cual la enseñaba Bentham, por medio del lenguaje revolucionario del poeta que hablaba á la imaginación y á la pasión.

»El poderoso efecto de este llamamiento dirigido



Cupido prisionero, por FRAIKIN

á los jóvenes espíritus del día, Delavigne lo caracterizó de una manera excelente en una sola palabra, diciendo, «que la serpiente se había burlado del poeta á su primer vuelo, reprochándole el no ser una águila; que entonces él había metido su pico en la espalda del réptil, y bañada la frente por el luminoso cielo, y los ojos fijos en el sol y estrechando el rayo entre sus garras, le había preguntado quien era. Ningún otro genio ultrajado durante su primera oscuridad no había cambiado tan pronto su noche en luz y su yo, en posteridad.

»Efectivamente, hacia el fin de la vida de lord Byron, su espíritu principió á conmover á la joven literatura, viniendo con su muerte, á señalar de una manera clara la separación entre dos tendencias, decidiendo la ruptura con el romanticismo que no se ocupaba más que del tiempo presente; inaugurando la nueva era, durante la cual la poesía, haciendo abstracción de la palma que no pertenece más que á las producciones de un arte severo, ponía su glo-

ria en obrar sobre el tiempo actual, interviniendo por medio de reformas directas.»

Hasta qué punto era directa la influencia ejercida en el mundo de los poetas, por la muerte de lord Byron, lo dirán algunos ejemplos que lo demostrarán hasta la evidencia. En Alemania, Enrique Heine en su *Harzreise*, acababa de declarar que desdenaba ser «el eco de lord Byron y el imitador de sus locuras;» pero inmediatamente después de su fallecimiento, tan pronto hubo muerto «el poeta revolucionario,» cambió de lenguaje, diciendo que él no sentía afinidad alguna, sino con aquel á quien habían colmado los dioses de gracias, con aquel que había sido juzgado digno del martirio, con aquel á quien siempre había tratado su verdadero camarada, igual á él en todo punto.

«El dulce poeta Delavigne, se sintió fuertemente quebrantado al saber la muerte de lord Byron, pues siguiendo sus huellas, había recorrido los países ia-

tos del Mediodía, y sacado de ellos los asuntos de sus *Nuevas Mesanias*, las cuales, después de las explosiones de cólera que no se encuentran iguales sino en los cantos de lord Byron, no eran más que el canto elegíaco y doloroso de los gemidos que la opinión arrancaba á los habitantes de esas comarcas.

»Para Víctor Hugo, la muerte de lord Byron daba motivo para exhortar al mundo á perdonar las faltas y extravíos que habían hecho descender al poeta de la doble altura de su carácter y de su talento; era necesario perdonarlas, decía, «por haber muerto tan noblemente y haber sido tan noblemente enterrado.»



Soñar despierto, por MACDOWELL

bre curso á sus impacientes sentimientos de venganza; por lo mismo que pensaban que las simpatías de un poeta tal como Byron les autorizaba á creer que su propio andar inflamara á todos los amigos de la libertad del mundo entero.

»Entre los refugiados lombardos, Berchet, que desde el punto de vista práctico era uno de los primeros románticos de Italia, y bajo el aspecto político uno de los primeros unitarios de ese país; Berchet, decimos, encontró en el suelo de Grecia los primeros motivos de sus *Profughi di Parga*. En esta obra exhalaba sus propios furores de desterrado, y los ponía en boca de extranjeros dirigiéndose á extranjeros, sobre la traición de Parga, que había provocado en lord Byron una violenta explosión de cólera contra la política de su patria; luego Berchet dió rienda suelta á los mismos furores en su sombrío romance intitulado *La Fantasia*,—1829,—dirigiéndose como italiano, y en su propio nombre, á los alemanes opresores de su patria.

En sus *Romanzas* de menor extensión, esta bru-

Ya un año antes, se había sentido intentado á tomar la espada «á fin de dar á los griegos un Leonidas;» la nueva aureola que rodeaba la frente del poeta mártir, revelaba con tanta mayor fuerza la sed de gloria de ese ambicioso rival.

»En España y en Italia, las nuevas tendencias literarias no pudieron prevalecer sino después de 1830, como por otra parte la invasión general no tuvo lugar en todas partes sino después que la Revolución de Julio hubo barrido todas las resistencias. Sólo los refugiados de esos dos Estados, pudieron intentar abrir brecha; empujados por el mal estado del país, por la angustia y por las decepciones, así dieron li-

talidad del pacto italiano había recurrido á armas más finas y más cortantes; evocando abiertamente una sentencia tenaz contra el yugo de Austria. Berchet defendió severamente toda relación con los extranjeros, porque, decía, entre esclavos y tiranos no podía haber otro odio que la tiranía. Recogíanse por este tiempo como cantos de guerra las poesías un tanto importantes de Berchet que Maroncelli llamaba el Tyrteo italiano y en quien encontraba más semejanza con Prometheo que con Leopardo; primero circulaban manuscritas ó pasaban de boca en boca de los jóvenes, que las buscaban con tanta mayor avidez cuanto que eran fruta prohibida.

«Entre los poetas desterrados de España, viéronse producir poesías de todo punto semejantes, al lado de la franca polémica política en el seno de la emigración española. El romanticismo religioso, devoto del trono y lleno de entusiasmos por la Edad media, tal cual se había desarrollado en Francia durante la Restauración, no había podido encontrar un terreno fértil en España, en donde todo el mundo pertene-